

NUESTRA MISIÓN HOY

INTRODUCCIÓN	4
I. POR ESE «ALGO MÁS»	5
Mirar a la historia	5
Comunidad de buscadores	7
II. LO ESPECÍFICO DEL CAMINO	9
¿Ensachar los horizontes de la racionalidad?	10
La síntesis de saberes como razón ampliada lograda	12
La convergencia de fe y razón	13
III. MODUS OPERANDI	14
Una metodología	14
Acompañamiento	16
Formación integral e integradora y competencias	16
Un laboratorio de cultura, un nuevo humanismo	17
Diálogo para el encuentro y pluralismo	18
En cuestión de evangelización, una doble atención	18
CONCLUSIÓN	21
REFERENCIAS	22

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

A veces, los árboles impiden ver el bosque. Cuando preguntamos al ciudadano medio o nos preguntamos a nosotros mismos qué es la universidad, rápidamente aparecen «los árboles»: preparación para el futuro, profesión y empleo, investigación y ciencia, progreso social, excelencia... Pero pocas veces vemos «el bosque», esto es, la imagen completa de una institución milenaria que es todo lo anterior y también «algo más».

Este documento pretende dar a conocer nuestra idea de universidad. Conscientes de que en todo proyecto humano subyace una concepción del hombre, de su vida, de su destino y de su quehacer en el mundo, en lo que sigue nos proponemos reflexionar acerca de nuestra identidad como universidad católica. Explicitar nuestra misión es, ciertamente, una cuestión de integridad intelectual y moral; pero es, también, una urgente necesidad vital. Pues quien no tiene claro por qué y para qué hace lo que hace, corre el riesgo de ser barrido por el pensamiento dominante y de aceptar acríticamente sus valores.

En la primera parte de este documento, el lector encontrará una idea condensada de lo que entendemos que es y debe ser una universidad. En la segunda, una invitación para descubrir el tipo de racionalidad que permite acceder a la totalidad de lo real y, con ella, repensar los contenidos y los métodos de tal modo que estos respondan al genuino ideal universitario. Por último, en la tercera parte, el documento propone una concreción de estas ideas en la formación del alumno, en la articulación de la comunidad universitaria y en la relación de la universidad con el conjunto de la sociedad.

I. POR ESE «ALGO MÁS»

De una universidad se espera la alta función social de formar a los profesionales que necesita la sociedad. Esos hombres y mujeres que harán que la economía, la política, la comunicación, la cultura, la sanidad, la educación o la justicia configuren un cuerpo social digno del hombre y capaz de afrontar los retos históricos que se presenten.

De la universidad se espera, en suma, que aporte buenos profesionales. No es poco, pero ¿eso es todo? ¿No hay algo más que dé razón de sus más de novecientos años de historia? ¿Es por eso que ha sobrevivido y evolucionado o quizás lo ha hecho porque ha satisfecho una necesidad más honda de la sociedad cambiante y de cada hombre?

En definitiva, ¿debe la universidad hacer algo más que lo que haría cualquier escuela profesional? Es fácil decir que sí, pero ¿qué es ese «algo más»? Mucho se ha escrito sobre la crisis de la institución universitaria, que no es tanto de medios —siempre escasos— ni de comunicación con la sociedad —tentación endogámica—, sino de fines. Si formar profesionales fuera su fin penúltimo, ¿cuál sería ese fin último que justifique y haga valer su existencia ante sí misma y ante la sociedad?

MIRAR A LA HISTORIA

En la UFV encontramos la respuesta en la misma historia de la universidad. Las primeras universidades —París, Bolonia, Oxford, Salamanca, Coímbra— nacieron porque las escuelas catedralicias o el clero abrieron a la sociedad los saberes que cultivaban; pero las ciencias y las artes que desarrollaron no eran solo para formar sus cuadros, sino para buscar la verdad de su fe, de sus vidas, de su destino (*fides quaerens intellectum*). Ese era su «algo más».

Ciertamente, la sociedad ha cambiado, las ideas han evolucionado, las ciencias se han transformado enormemente y, con todas ellas, la UFV ha ido mutando. No obstante, a través de ese recorrido sigue siendo cierto que:

Nacida del corazón de la Iglesia, la Universidad Católica se inserta en el curso de una tradición que se remonta al origen mismo de la Universidad como institución, y se ha revelado siempre como un centro incomparable de creatividad y de irradiación del saber para el bien de la humanidad. Por su vocación, la *Universitas magistrorum et scholarium* se consagra a la investigación, a la enseñanza y a la formación de los estudiantes, libremente reunidos con sus maestros, animados todos por el mismo amor del saber. Ella comparte con todas las demás universidades aquel *gaudium de veritate*, esto es, el gozo de buscar la verdad, de descubrirla y de comunicarla en todos los campos del conocimiento. Su tarea privilegiada es la de «unificar existencialmente en el trabajo intelectual dos órdenes de realidades que muy a menudo se tiende a oponer como si fuesen antitéticas: la búsqueda de la verdad y la certeza de conocer ya la fuente de la verdad». (Juan Pablo II, 1990: n. 1)

Asimismo, también sigue siendo válido que:

Sin descuidar en modo alguno la adquisición de conocimientos útiles, la Universidad Católica se distingue por su libre búsqueda de toda la verdad acerca de la naturaleza, del hombre y de Dios. Nuestra época, en efecto, tiene una necesidad urgente de esta forma de servicio desinteresado que es el de proclamar el sentido de la verdad, valor fundamental sin el cual desaparecen la libertad, la justicia y la dignidad del hombre. Por una especie de humanismo universal la Universidad Católica se dedica por entero a la búsqueda de todos los aspectos de la verdad en sus relaciones esenciales con la Verdad suprema, que es Dios. (Juan Pablo II, 1990: n. 4)

De estas dos citas programáticas deseamos destacar lo siguiente: en primer lugar, en la universidad no se busca una verdad abstracta, sino un saber sobre el mundo, el hombre y Dios (pues la verdad, si no tiene rostro, no interesa, no transforma). En segundo lugar, la universidad busca un saber que es más que puro conocimiento aséptico y, así, el anhelo de encontrar un saber que es para el bien de todos se convierte en *gaudium*, en un gozo que humaniza. En tercer lugar, la universidad indaga movida por la conciencia de la urgencia de aportar sentido a nuestra época histórica. Por último, esa búsqueda lo es, sobre todo, de la verdad y del amor, para los que estamos hechos, pues «no podemos avanzar en el conocimiento de algo si no nos mueve el amor; ni tampoco amar algo en lo que no vemos racionalidad» (Benedicto XVI, 2011).

Al reconocer este «algo más» y asumirlo como el centro de gravedad de su identidad, la Universidad Francisco de Vitoria expresa dos convicciones:

- ✓ **No existe la neutralidad antropológica.** Todo grupo humano organizado para unos fines, y muy especialmente si el fin es la enseñanza, tiene una idea del hombre de fondo, unos valores, unos códigos de conducta que sus componentes se han dado a sí. El que unos educadores no expliciten su concepción del hombre, o no la hagan objeto de reflexión, no significa que no esté ahí. Solo significa que han adoptado de manera acrítica la vigente en su cultura particular. La idea del hombre, implícita o explícita, condiciona radicalmente toda la actividad educativa.
- ✓ **No existe la neutralidad epistemológica.** Los conocimientos parecen neutrales solo cuando se miran acrítica y superficialmente. Pero el conocimiento presupone el sentido, y el sentido es el motor del actuar del hombre. Nadie se mueve a sabiendas en pos de una idea falsa. Las ciencias, si se miran en profundidad, apuntan al sentido de las cosas; porque en el querer demostrar hay una seguridad o confianza previa —de hecho, presupuesta y necesaria— de no absurdidad. Si la verdad no existe, ningún conocimiento científico es verdadero, y cualquier cosa puede ser el «sentido» de nuestro quehacer universitario. Pero no puede ser verdad que nada sea verdad ni que la vida sea tan poco que cualquier respuesta le valga. Porque es más que una escuela profesional, la universidad no puede eludir la cuestión de la verdad y, por tanto, no puede dejar de plantearse el sentido de las cosas. La universidad no debe autolimitarse al descubrimiento de conocimientos y técnicas útiles, ni tampoco puede olvidar que la aplicación de los conocimientos no es neutral con respecto al hombre, ni los medios para obtenerlos son indiferentes. Más bien debe tener siempre presente que el cometido de la técnica es hacer posible que se realice el proyecto en que consiste la vida humana (Ortega y Gasset, 1982 [1939]: 54) y que la profesión o la tarea son simplemente el marco de posibilidades para realizar una auténtica obra personal.

COMUNIDAD DE BUSCADORES

La universidad [como recuerda Pérez-Díaz (2010: 9-10)] se ha sustentado desde su origen en la experiencia de una comunidad de buscadores de la verdad», de modo que esta experiencia, siempre renovada, permanece en el corazón de la vida universitaria, aunque luego se canalice a través de la enseñanza de las profesiones más diversas.

Si una universidad católica comparte con cualquier universidad el *gaudium de veritate*, el gozo de buscar, encontrar y transmitir la verdad, en su interior cualquier universitario auténtico tiene cabida. Lo que hace posible y viva esa comunidad no es el estar todos convencidos de lo mismo, sino esa honestidad intelectual y esa humilde actitud ética de búsqueda de la verdad. Esto vale entre las diversas ciencias, entre ellas y la Filosofía y la Teología y entre creyentes, agnósticos y no creyentes.

La Universidad Francisco de Vitoria pretende ser una verdadera comunidad, porque la antropología cristiana y el realismo epistemológico así lo fomentan. Es, por tanto, deber de honestidad intelectual y necesidad de hacer comunidad el explicitar la antropología de fondo en la que la UFV pretende sustentar todo su quehacer. ¿Está el hombre hecho para algo más que para ser un buen profesional? Dicho de otra forma, ¿es el hombre *homo faber* u *homo quaerens*?

En la UFV apostamos más por lo segundo. No hay una fórmula única que exprese la concepción del hombre como un buscador de la verdad y el amor, como un ser de encuentro con la verdad y el amor y, así, constructor de comunidades y civilizaciones. No obstante, en términos de la historia del pensamiento, diríamos que nos identificamos con una idea del hombre que parte de la tradición aristotélico-tomista y se funde con una filosofía personalista-dialógica, sin que ninguna pierda su esencia. Sabedores de que no hay una sola síntesis posible, sustentamos nuestra propuesta en el marco de una antropología bíblica que entiende que el ser humano es único y dependiente, pues su yo profundo se encuentra en su *corazón*, que es el lugar de encuentro con el Creador.

Eso hace de él un buscador, un proyecto incompleto llamado a realizarse en esa búsqueda. El hombre es cabeza y corazón, inteligencia y voluntad, afectos, decisiones, un entorno vital y una biografía que va haciéndose en camino con otros como él. Es persona. ¿Quién no reconoce en sí la necesidad de saber adónde va la vida que se ha encontrado dada, el deseo innato de conocer la realidad en que vive, de conocer a otros hombres, de amar y ser amado?

Reconocer al hombre en cuanto buscador de la verdad y del bien como la razón de ser de nuestro proyecto universitario es una invitación para educar, y ser educados, en el descubrimiento del significado de las cosas, en la atracción que ejerce la realidad y en la sed de verdad, de felicidad, de belleza y de sentido que nos hace humanos. De esta manera, lo cotidiano en la vida académica (un poema, un teorema, un fenómeno químico, un fragmento de música) es una ocasión preciosa para descubrir el camino que, desde cualquier «fragmento» de la realidad, conduce hasta la verdad última. Aquello que da unidad y confiere sentido a todas las cosas.

Como la voluntad de cada uno puede resistirse ante las exigencias que descubre en una verdad, sobre todo si afectan a su vida personal, necesitamos ser sostenidos en la búsqueda por un diálogo confiado y una amistad sincera. La razón solitaria se deshumaniza. El encuentro con el otro la devuelve a sí misma.

Ahora bien, este hombre no es un ser angelical, ni está fuera de un tiempo y de una sociedad. Todo hombre y mujer encuentran dentro de sí una llamada honda e irreductible a la vida y al amor, pero también unas fuerzas interiores que arrastran a olvidar eso y a realizar su existencia al margen de Quien se la dio. Nuestra libertad no es ajena a esa tensión existencial. Ignorarla es engañarse con una ilusión. O existe la gracia o la frustración es inevitable.

Una educación universitaria movida por ese espíritu de buscar la verdad y el amor en toda ciencia, en toda actividad y en toda relación personal lleva a un aprendizaje que enriquece la existencia. Hace que los alumnos sean más reflexivos sobre sus creencias, sus opciones vitales, más autoconscientes, más creativos en la solución de problemas, más críticos con los tópicos culturales, más perceptivos del mundo en que viven, mejores personas y profesionales. Un aprendizaje así prepara mejor para el resto de la vida. Realmente, el alumno es la asignatura importante de la UFV.

En resumen, la UFV aspira a aportar a la sociedad hombres y mujeres que sean más que buenos profesionales y que, junto con su buen hacer profesional, vivan una continua búsqueda de la verdad y el bien de sus empresas, sus familias y la sociedad. Para cumplir ese fin, la UFV aspira a convertirse ella misma, en toda su complejidad interna, en una comunidad que vibra incesantemente con esa misma búsqueda, convencidos de que tanto el bien como la verdad se abren únicamente a quien se aproxima a ellos no como dueño, sino en actitud de profundo respeto, de humildad reverente (Ratzinger, 1991: 203). Entendemos, por ello, que una universidad católica no lo es tanto por la pastoral universitaria y la vida sacramental (con toda la importancia que ellas tienen) como por la manera en que se usa la razón y por una forma de vivir *desde el corazón* para buscar la verdad en cada aula y abrirse a todo lo humano: «Allí donde, como Iglesia, damos a los hombres sólo conocimientos, habilidades, capacidades técnicas e instrumentos, les damos demasiado poco» (Benedicto XVI, 2006d).

II. LO ESPECÍFICO DEL CAMINO

En realidad, ese «algo más» que anhelamos no se refiere solo a la universidad. Los seres humanos anhelamos también que la empresa no sea solo un lugar de trabajo, o que la familia no sea solo un grupo que comparte pan y techo. Y la lista podría continuar. ¿Pero cómo se consigue eso específicamente en la universidad y qué tiene lo católico que ver con esa consecución? Además de la vida sacramental y de algunos pocos cursos de Filosofía y Teología, ¿hace falta algo más? En la UFV estamos convencidos de que sí y de que en eso se juega la posibilidad real de nuestra misión.

La vida científica e intelectual que corre por las venas de la universidad actual tiene una nota dominante que es la racionalidad científica, la convicción de que la demostración matemática y/o la prueba empírica de una hipótesis es prácticamente el único camino seguro para avanzar en el conocimiento cierto y en sus aplicaciones para el bien del hombre y de la sociedad. Y, ciertamente, una universidad que se precie de serlo cuidará mucho del rigor científico de su trabajo intelectual. Sin embargo, hay algo más. Cuando una idea verdadera en su campo se generaliza *a toda la realidad*, esta se vuelve ideología, y la ideología termina perdiendo la realidad y volviéndose en contra del hombre. La racionalidad moderna, de hecho, tiende a provocar este efecto, pues hace que las cuestiones más humanas —que son las que más nos unen— pasen a ser solo subjetivas y, por tanto, imposibles de ser planteadas de un modo abierto, público y razonable, como recordaba Benedicto XVI en Ratisbona (2006b).

Si la racionalidad científica se generaliza como la única forma de conocimiento cierto, se dejan fuera cuestiones vitales para el hombre que no entran en el campo de juego de ninguna ciencia. Por eso, diríamos que *ciencia sí, cientifismo no*, porque este último es ideológico. El sentido de la realidad, de la vida del científico y de la ciencia misma, no es materia de las ciencias positivas, sino de las Humanidades, de la Filosofía y de la Teología. Ensanchar los horizontes de la racionalidad científica es volver a poner en juego al hombre como sujeto y beneficiario de la ciencia. Esto lo sabe la universidad desde sus inicios y aquella que prescinda de la cuestión del sentido, que es la cuestión de la verdad, será una universidad ideologizada, o «políticamente correcta», pero a costa de su propia identidad.

En resumidas cuentas, una universidad auténtica —y una católica quiere serlo— mantiene y desarrolla la sensibilidad por la verdad que anida en el corazón de todo alumno, profesor y miembro de esa comunidad universitaria para que, así, la razón no sucumba a la presión de los intereses y el atractivo de la utilidad como un criterio último de validez (Benedicto XVI, 2008b). De esta forma, se aprecian como signos de una auténtica universidad, por un lado, una docencia que despierta en el alumno el interés por la existencia. Por otro lado, unos maestros que ponen en juego, en su propia vida, las preguntas por el sentido. Y, finalmente, una investigación que, además de aportar conocimiento nuevo, reflexiona sobre los límites de cada ciencia y el alcance de sus conclusiones para la vida del hombre.

¿ENSANCHAR LOS HORIZONTES DE LA RACIONALIDAD?

Desde el punto de vista epistemológico, para mantener viva la sensibilidad por la verdad hay que superar el criterio de que la única certeza válida es la empírico-matemática y, con ello, ensanchar los horizontes de la racionalidad. Esto equivale a volver a poner en juego al hombre entero, rescatando las preguntas existenciales de fondo que emergen naturalmente en sus quehaceres particulares y, por tanto, también en todo quehacer científico. Al fin y al cabo, la ciencia es la respuesta al asombro de la realidad y la puesta en marcha de las facultades de la persona, de aquí la confluencia de estas preguntas humanas y la labor científica. Las preguntas son de la cabeza y del corazón. No se trata de forzar imposturas intelectuales, se trata de no cerrarse ante la realidad.

Cuestión antropológica

En el fondo de toda asignatura que se imparte hay, en mayor o menor grado, una antropología, implícita o explícita. Esa visión del hombre marca profundamente todos los contenidos que se enseñan. La pregunta de la cuestión antropológica puede expresarse así: ¿qué idea del hombre subyace en lo que se enseña o aprende?, ¿individualista o solidario?, ¿puramente histórico o abierto a la trascendencia?, ¿genéticamente predeterminado o capaz de libertad?, ¿qué tipo de hombre se construye con estos saberes?, ¿y de sociedad?

A un profesional que domina la ciencia y la técnica, pero que no se ha posicionado ante sí mismo y que no ha decidido cómo quiere construir su persona, le falta ese algo más. Su racionalidad es estrecha, su corazón está ausente y sus relaciones son bastante pobres.

En esta cuestión, una antropología personalista y bíblica tiene mucho que aportar en el diálogo de las ciencias con la filosofía y la teología.

Cuestión epistemológica

En el fondo de toda asignatura que se imparta yace una epistemología específica, hecha explícita o no. Esa epistemología condiciona todos los contenidos porque se posiciona ante la cuestión de la verdad y de la posibilidad de conocerla. La cuestión epistemológica se expresa en una pregunta fundamental: ¿es verdad lo que enseño?, ¿cuál es el límite de mi ciencia y de mi método?

Es propio de la honestidad intelectual y altamente universitario que esta cuestión sea afrontada en la comunidad de profesores y alumnos, en la docencia y la investigación. Aprender a plantear y a resolver esta cuestión permanente, es una habilidad para toda la vida, un bien para la persona y para la sociedad.

En esta cuestión, un renovado realismo epistemológico —que explique que la realidad se puede conocer objetivamente y, al mismo tiempo, que no ignore el contexto interpersonal en que se da dicho conocimiento—

puede hacer una contribución definitiva de fundamentación y alcance.

Cuestión ética

La pregunta sobre la verdad y sobre el hombre remite a la cuestión de cómo se debe actuar tanto en el marco de mi hacer científico, como en sus aplicaciones tecnológicas, como en la conducción de mi existencia. En el fondo de toda asignatura existe una cuestión ética, mayor o menormente explicitada. Esa ética es la que apunta siempre a los fines últimos de la ciencia que se imparte y de las consecuencias técnicas, culturales, sociales o personales que de ella se puedan derivar. La cuestión ética puede expresarse así: ¿cuál es el fin último de esto y qué lleva o no a él?, ¿este modo de proceder es bueno o malo, me dignifica o me envilece?, ¿hace la sociedad más justa y a medida del hombre?

En la cuestión ética, la antropología personalista y la bíblica pueden tener una aportación decisiva.

Cuestión del sentido

En el corazón de todo profesor y alumno que forman la comunidad universitaria late una necesidad de sentido de su quehacer universitario, mayor o menormente explicitada. La cuestión del sentido puede expresarse así: ¿merece la pena esto que aprendo o enseño?, ¿qué relación tiene con la vida que me importa?, ¿por qué lo hago?, ¿para qué todo lo que yo hago o aprendo? Si, además de transmitir unos conocimientos y fomentar unas competencias, el profesor es capaz de explicitar su propia búsqueda de sentido, ahí entra en juego la vida misma del alumno, y entonces el profesor se convierte en algo más que un transmisor de ideas o técnicas. En la cuestión del sentido, penúltimo o último, se da la posibilidad de un encuentro personal entre profesor y alumno, de un aprendizaje como experiencia descubridora de las posibilidades de la vida.

Y aquí, también, la filosofía y la teología tienen una palabra significativa.

Después de esta sucinta exposición puede verse cómo y por qué estas cuestiones ensanchan la racionalidad universitaria y ponen en juego al hombre que hace ciencia y al hombre destinatario de la ciencia. Piden respuestas que superan la racionalidad científica y suponen la necesidad de algo más, de un diálogo fecundo con la filosofía y la teología para no generar una razón autosuficiente ni aislarla de las raíces que le dan sentido (Benedicto XVI, 2008b). Son preguntas que llevan a una dimensión sapiencial o a la acción que corresponda con las respuestas o caminos encontrados. Sin consecuencias positivas para sí o para otros, lo encontrado simplemente no tendría sentido.

LA SÍNTESIS DE SABERES COMO RAZÓN AMPLIADA LOGRADA

La especialización es una exigencia del método científico. La mirada del científico debe concentrarse

en el fragmento de la realidad que le toca investigar; su trabajo intelectual tiene su método propio para avanzar en el conocimiento. Empero, si la universidad no es más que un océano de saberes fragmentados, será difícil que mantenga un rumbo. El fragmento necesita algo más para tener sentido en sí mismo y sentido para el hombre que lo investiga. Hace falta una síntesis que integre el fragmento en el todo. Hace falta «algo más» que el conocimiento puramente útil o simplemente interesante.

Esta síntesis no puede ni debe ser un resumen de lo que se sabe, sino, más bien, una *apertura a un principio integrador*, a algo profundo hacia lo que apunta toda parcela de conocimiento. Esto toca de lleno nuestra idea de la investigación prioritaria que debemos hacer.

Epistemológicamente hablando, cuando la ciencia particular se pone en diálogo con la filosofía o con la teología como una exigencia de las cuestiones de fondo que surgen de su saber particular, entonces el resultado no es un híbrido que resulta de yuxtaponer conceptos filosóficos o teológicos al lado de los científicos. El resultado al que debe conducir es a la integración del conocimiento fragmentario en el todo del conjunto.

Antropológicamente hablando, la síntesis se logra en el corazón del buscador. Igual que no existe una fragmentariedad de saberes, sino un hombre fragmentado, no existe el saber sino hombres sabios. Por eso, en feliz expresión de Juan Pablo II (1998: n. 83), esta síntesis bien puede entenderse como un pasar del saber a la sabiduría y del fenómeno al fundamento.

El resultado de la síntesis de saberes es una ciencia nueva, puesto que los límites del propio método de conocimiento son superados sin que la racionalidad científica se convierta en ideología. La ciencia se enriquece iluminándose por el sentido que aporta un saber superior. El fragmento integrado en el todo es un fragmento más rico. Pero también la filosofía y la teología se enriquecen, puesto que en esa síntesis se aseguran de llegar a la vida del hombre y de no quedarse en conocimientos abstractos y quizás también ideologizados.

La síntesis resultante no es única. Este camino no lleva a una teoría monolítica, sino a una verdad sinfónica que suena bien. No hay una única síntesis posible entre el saber particular y el general. Lo importante será verificar que el resultado se ha alcanzado con rigor metodológico y que respeta e integra la verdad en cada campo específico de conocimiento. Las diversas síntesis serán compatibles y convergentes porque la verdad no se contradice a sí misma.

LA CONVERGENCIA DE FE Y RAZÓN

El «algo más» por lo que apuesta una universidad católica tiene un campo de juego específico: el diálogo entre la fe y la razón. Puesto que no hay un ámbito de la realidad que el hombre quiera y deba conocer que no reciba luz de este diálogo, él mismo es una exigencia irrenunciable de nuestro proyecto universitario.

El *homo quaerens* busca desde la unidad esencial de su experiencia, que canaliza a través de la razón, el corazón, la inteligencia, la voluntad, el sentimiento y la memoria. Ahora bien, si el hombre es una unidad esencial, la respuesta a su inquietud más íntima no puede escindirle en compartimentos estancos. Como recoge la encíclica *Fides et Ratio*:

La unidad de la verdad es ya un postulado de la razón humana, expresado en el principio de no contradicción. La Revelación da la certeza de esta unidad, mostrando que Dios creador es también el Dios de la historia de la salvación. El mismo e idéntico Dios, que fundamenta y garantiza que sea inteligible y racional el orden natural de las cosas sobre las que se apoyan los científicos confiados, es el mismo que se revela como Padre de nuestro Señor Jesucristo. (Juan Pablo II, 1998: n. 34)

Una universidad inspirada por la fe cristiana rechaza las dicotomías que enfrentan verdades de niveles cognoscitivos distintos. Lo distinto no tiene que ser diverso ni opuesto. Cada método de conocimiento se adecua a su nivel propio de realidad, de manera que, finalmente, las verdades conocidas de manera parcial *convergen*, no divergen. Razón y fe, por tanto, no se anulan, no pueden anularse ni excluirse mutuamente, sino que más bien se complementan y enriquecen. Como Benedicto XVI expresó en su discurso de Ratisbona (2006b) para la religión es una patología prescindir de la razón, del mismo modo que es una patología para la razón prescindir de la religión. Es el fideísmo el que menosprecia la razón, y es el racionalismo el que menosprecia la fe.

Crear no en contra, sino por encima de la razón (eso es trascenderla, ir más allá), es razonable, y esto es lo que pide y ofrece la revelación judeocristiana. Es nuestra convicción que la fe anima una racionalidad fuerte y que «solo la razón y la fe juntas salvarán al hombre» (Benedicto XVI, 2009: n. 74). La filosofía y la teología, en cuanto ciencias del significado último, deben bajar al campo de juego junto con todas las ciencias. Desde la fe cristiana esa tarea se ve como una *diaconía de la verdad*, como un servir al hombre ofreciendo de una manera crítica la verdad encontrada en la fe, una verdad que es más que puro conocimiento y que es capaz de cambiar la vida.

III. MODUS OPERANDI

UNA METODOLOGÍA

La mirada descubridora del sentido y quehacer universitarios que proponemos tiene unas implicaciones metodológicas que es necesario tener en cuenta. Entre otras posibles, creemos que es importante destacar las siguientes, que presentamos resumidamente.

Partir del hombre y de la ciencia

Si el quehacer universitario debe ser algo consistente y no un mero divertimento intelectualista, no puede plantearse como algo ajeno a la realidad viva y concreta del hombre. Por eso, en la UFV queremos un método que tome un punto de partida dual y convergente: las ciencias particulares en su estado actual y el hombre concreto inmerso en la cultura de hoy. Este punto de partida para el largo camino de la búsqueda no desdeña ni las palabras y gestos en que los alumnos se manifiestan o autocomprenden, ni las formas más positivistas de las ciencias actuales.

Desde una simpatía sincera y profunda por el hombre, descifrar las muchas formas en que expresa su búsqueda

El hombre de hoy no suele mostrar su búsqueda ni su hambre de sentido con un lenguaje filosófico y mucho menos teológico, a veces ni siquiera de forma científica o racional. Las expresa, más bien, a través de manifestaciones que revisten los esquemas de su propia cultura —fuertemente sentimental, subjetivista y, a veces, desesperada—. Hay que saber discernir el fondo de verdad que hay en tales expresiones, según el consejo del apóstol de «juzgarlo todo y quedarse con lo bueno» (1 Tes 5, 16-22). Este ejercicio es ya un acercamiento cordial y sincero al hombre de hoy, coherente con la mirada antropológica expresada en este documento.

Suscitar preguntas y no ofrecer respuestas a preguntas no planteadas

Mientras no se dé —aunque sea de una forma implícita o incipiente— una búsqueda de sentido, no hay un punto de encuentro posible para el diálogo, para hacer un camino. Por eso, mientras tal búsqueda no aparezca, por muy verdaderas y necesarias que sean las respuestas que podamos ofrecer, hablamos al vacío. En una situación como esta, resulta no solo inútil sino contraproducente ofrecer respuestas. Lo que procede es generar la necesidad de la pregunta, sea por los interrogantes de la ciencia o por el testimonio personal que ya propone una respuesta.

Conscientes de lo contracultural que puede tener nuestra propuesta formativa nos importa subrayar que es pedagógicamente relevante despejar de prejuicios el camino. Un análisis crítico supone siempre volver sobre las propias posiciones para verificar su solidez y evitar prejuicios sobre las posiciones diferentes, al mismo tiempo que sabrá mostrar cuánto y cómo estas pueden estar igualmente sostenidas por algún prejuicio metodológico o cultural. Como ya se ha dicho, ni la religión ni las ciencias convertidas en ideología que impone sus creencias.

Hablar al hombre entero

Ensanchar la razón supone superar el esquema racionalista donde la razón solo habla a la razón desde la razón. Es necesario apelar de manera integradora también a la voluntad, a la libertad, a la afectividad, a la corporeidad del hombre, a su dimensión comunitaria, cultural, histórica, a su apertura a la trascendencia. Porque las preguntas últimas no son solo de la razón, sino del hombre todo; hay que hablar a la inteligencia sentiente —en términos zubirianos—, pero también —y quizás cada vez más, por el momento en el que estamos— a la afectividad inteligente. Hay que hablar a la persona acerca de la comunidad y a la comunidad acerca de la persona. Solo así nuestra formación podrá ser integral e integradora. Solo así el aprendizaje será una experiencia integral e integradora.

Proponer todo, no callar nada, no eludir temas candentes

Proponer no es imponer, la imposición intelectual o social supone una coacción a la libertad. Pretendemos mostrar nuestras posiciones a partir de la belleza que en ellas descubrimos y que queremos compartir con un espíritu de gratuidad —que es el mismo con el que las hemos recibido—. Por esto, tampoco entendemos el diálogo en un planteamiento de *buenismo* ingenuo sino desde la claridad y desde la honestidad intelectual, pues entendemos que ignorar o soslayar lo que nos separa es lo contrario de un interés real por el hombre concreto con el que dialogamos y, a la larga, una fuente de conflicto, pues no afrontar la diferencia equivale solo a enquistarla.

Convencidos, a nivel teórico y práctico, de que es más fuerte lo que nos une en la búsqueda que lo que nos separa en los logros, creemos que la condición de posibilidad del diálogo es la humildad al hablar y humildad al escuchar. Porque toda persona merece respeto y atención, aunque las ideas y opiniones puedan discutirse.

No pretender demostrar las verdades últimas, sino más bien mostrar el asombro que suscitan

No podemos hablar de una «demostración científica, empírica o lógica», puesto que las verdades últimas se dan en un orden de realidad muy distinto al de la experiencia física o el discurso lógico-matemático. En cuanto que buscadores que hablan a buscadores, solo mostramos los indicios que despiertan el asombro en la razón del hombre, la impulsan a trascenderse e invitan a una respuesta siempre libre. Pues, en el fondo, lo que se muestra es el resplandor de la verdad, el atractivo del bien, la seducción de la belleza.

Proponer y reconocer testigos

Si nuestra propuesta no puede ser vivida por personas concretas en la vida real, no interesa, porque resulta «inaplicable». Si no genera humanidades que nos atraigan, no tiene verificación a nuestro alcance. Somos conscientes de que toda verificación en este campo no tiene por qué ser inmediata, ya que compromete la propia vida y puede requerir tiempo y camino compartido. La correspondencia del cristianismo con el anhelo más profundo del hombre no es algo que entrega su secreto de inmediato, pero termina por entregarlo y, entonces, supera nuestras expectativas.

ACOMPañAMIENTO

Porque un camino como este es lento y arduo, no puede hacerse en soledad, sino que requiere la cercanía y el sostén de compañeros de viaje, lo que evidencia de nuevo en el carácter profundamente comunitario de nuestra vocación como universidad y como comunidad. El acompañamiento es el principio pedagógico necesario y la condición suficiente para que nuestro proyecto educativo llegue a buen puerto. Hacer camino juntos, los profesores con los alumnos, en la medida que estos respondan.

El acompañamiento, en sus diversas metodologías y niveles, es una consecuencia inmediata y necesaria del realismo antropológico que nos sustenta: el conocimiento es de todo el hombre (no solo de su razón), es de la comunidad que lo consigue y lo transmite, y es transformante si toca la libertad y apunta al sentido último. La tarea de construir la propia persona es imposible para el que quiere hacer el viaje solo: la comunidad es necesaria, y la gracia de Dios, más. Es por esto que nos mueve la convicción de que la asignatura, para el profesor, es, en el fondo, el alumno mismo; y que la asignatura que a este le importa de verdad, es su propia vida.

El acompañamiento, además, es una consecuencia de la *caridad intelectual* que asumimos como un deber hacia el alumno. Todo saber particular busca un sentido último que lo justifique, pero ese sentido es de todo el hombre, no solo del saber en sí mismo. El anhelo por la verdad nos ha sido dado como motor de nuestro ser y actuar. Por eso, al alumno no le enseñamos conocimiento «solo» por el valor del conocimiento, sino como un acto de amor que le lleve a descubrir que la verdad no se hace, sino que se descubre y es inabarcable. Y que, más que un frío conocimiento, la verdad es una auténtica experiencia de encuentro con la realidad, con uno mismo, con los demás y con Dios.

FORMACIÓN INTEGRAL E INTEGRADORA Y COMPETENCIAS

Como habrá quedado patente en la lectura de este documento, toda nuestra actividad educativa está animada por el principio de la formación integral e integradora. Pensamos que una formación auténtica atiende a la transformación total de la persona para que esta aprenda a usar la libertad de modo maduro y, así, sea capaz de orientarse en la vida y llegar a tomar decisiones definitivas (Benedicto XVI, 2006a).

Pero no nos podemos conformar con postular que hay que formar a todo el hombre (inteligencia, voluntad, afectividad, memoria, libertad). Nos jugamos mucho si nuestro discurso educativo y nuestra praxis terminan

distinguiendo esas dimensiones, pero separándolas en la experiencia formativa. Hay que evitar separarlas y esforzarse en integrarlas, como de hecho se encuentran en el hombre concreto. Esta integración se da suscitando experiencias educativas, que son más que la transmisión de conocimientos. Un planteamiento de la docencia, del acompañamiento, de la formación fuera del aula, que no se fundamente en una mirada integral puede llevar a una actividad educativa que no contribuya a la unidad personal del que la ofrece ni del que la recibe. Una atención integral e integradora a todas las dimensiones del educador y del educando es la clave de nuestro proyecto formativo.

UN LABORATORIO DE CULTURA, UN NUEVO HUMANISMO

La UFV aspira a ser un foro para un diálogo real entre la religión cristiana y la cultura, un «atrio de gentiles» también para la sociedad en la que vive. En la cultura respira el alma de cada miembro de una sociedad. Si en ella prevalecen los valores que elevan al hombre y lo humanizan, esa cultura humaniza; si prevalecen los que lo cierran en sí mismo y solo ponen en juego sus fuerzas sensitivas e instintivas, esa cultura deshumaniza.

Cuando la cultura está demasiado centrada en resolver los problemas urgentes de la sociedad, porque lo son, es vital que alguien la ayude a pensar más allá, a plantearse las cuestiones de fondo, y si no lo hace la universidad, ¿quién lo hará? Para caminar hacia un nuevo humanismo, la cultura presente necesita un faro para orientarse, igual que necesita el arte, necesita la religión y una universidad convertida en un auténtico «laboratorio de cultura» donde los profesores y alumnos se unan para investigar cuestiones de particular importancia para la sociedad (Benedicto XVI, 2007).

Queremos ser una comunidad universitaria intergeneracional, que reelabora la sabiduría de las generaciones precedentes y la ofrece a las contemporáneas, consciente de que hay preguntas que son permanentes y respuestas que son propias del momento. Sin un diálogo generoso y solidario entre generaciones, la cultura que realmente humaniza podría quedarse hablando solo consigo misma, cuando, en realidad, descubrir la belleza de la vida y la sabiduría para vivirla es un camino que cada nueva generación debe emprender por sí misma. En ello la fe cristiana tiene algo que aportar como un factor de humanización y de civilización, pues «en la fe está en juego todo lo que tenemos de más nuestro y de más íntimo, nuestro corazón, nuestra inteligencia, nuestra libertad, en una relación profundamente personal con el Señor, que actúa en nuestro interior» (Benedicto XVI, 2006c).

Es importante que nuestra vida comunitaria, nuestra investigación y nuestro diálogo con la sociedad reflexionen sobre las cuestiones vitales de nuestro tiempo, sus manifestaciones actuales, sus raíces y sus causas profundas, con un interés especial en la dimensión ética. Es ahí donde, como universidad católica, aspiramos a hacer verdad que la Iglesia es maestra en humanidad por su fe y por su experiencia milenaria; sabiendo, eso sí, que «si es necesario, la Universidad Católica deberá tener la valentía de expresar verdades incómodas, verdades que no halagan a la opinión pública, pero que son también necesarias para salvaguardar el bien auténtico de la sociedad» (Juan Pablo II, 1990: n. 32).

DIÁLOGO PARA EL ENCUENTRO Y PLURALISMO

Porque nos mueve un auténtico interés por el hombre, no nos vale cualquier idea sobre su ser y su destino. El lugar común de que todas las opiniones son igualmente válidas oculta, en realidad, una renuncia a la razón. Así como la *pluralidad* de interpretaciones sobre la naturaleza del hombre es un hecho (que se deriva directamente de la libertad humana), el *pluralismo* que renuncia a aceptar que hay mejores y peores interpretaciones es un engaño, es ideología. La actitud razonable y madura es hablar en serio y con respeto sobre lo que sea. Las personas merecen todo respeto, pero las ideas se discuten, porque las hay verdaderas y falsas.

Habrán ocasiones en que el diálogo resulte tenso o difícil, porque buscar la verdad o el bien mayor no siempre es sencillo. No es honestidad intelectual ocultar las diferencias o resolverlas por cualquier forma de imposición. Nuestro deber moral es aquel diálogo que persigue un auténtico encuentro. Por eso nos compete aprender el arte de dialogar con valentía, humildad y rectitud de intención. Arte difícil pero imprescindible para conseguir el tipo de comunidad que queremos ser.

Se equivoca quien piense que todavía hoy se imponen las creencias cristianas por cualquier método coercitivo, psicológico o social. Ciertamente no en nuestras universidades y no por estrategia, sino por coherencia con el Evangelio. Los cristianos hemos aprendido que una fe impuesta no tiene raíces y contradice el Evangelio. Hay aquí un secreto importante para una auténtica comunidad de buscadores como la que queremos ser, fundamentada en nuestro realismo antropológico.

EN CUESTIÓN DE EVANGELIZACIÓN, UNA DOBLE ATENCIÓN

Es inevitable que, de esta extensa intuición metodológica, cuya exposición concluimos con este punto, no se desprenda un nuevo estilo de evangelización. Pero ¿cuál debe ser? En su encuentro con los educadores católicos en Washington, Benedicto XVI (2008a) les insistía en que

cada institución educativa católica es un lugar para encontrar a Dios vivo, el cual revela en Jesucristo la fuerza transformadora de su amor y su verdad (cf. Spe salvi, 4). [...] quienes lo encuentran se ven impulsados por la fuerza del Evangelio a llevar una nueva vida marcada por todo lo que es bello, bueno y verdadero; una vida de testimonio cristiano alimentada y fortalecida en la comunidad de los discípulos de Nuestro Señor, la Iglesia.

Este es, asimismo, el ideal para nosotros: que la UFV sea un lugar de encuentro con el Dios vivo. En cuanto ideal, es apasionante y aún está por conseguir. El hecho real es que nuestra comunidad universitaria está formada por personas que viven la fe cristiana con diversos grados de formación, convicción y coherencia; que muchos somos pecadores que se han encontrado con Cristo y queremos llevar una vida alimentada y fortalecida en la Iglesia. También es real que entre nosotros hay personas que albergan dudas o que no aceptan del todo la doctrina o la moral que la Iglesia obtiene del Evangelio, o personas que con respecto a la «cuestión de Dios» no tienen una respuesta afirmativa.

Si lo que nos hace comunidad es una búsqueda común de la verdad y el amor, entonces es posible que haya una comunidad que cuente con esas diversas posiciones con respecto a la fe de la Iglesia. La Iglesia sabe que proponer su verdad —que es la presencia de Cristo en ella— es querer compartir un bien, es un acto de amor y que

La dinámica entre encuentro personal, conocimiento y testimonio cristiano es parte integrante de la diakonía de la verdad que la Iglesia ejerce en medio de la humanidad. La revelación de Dios ofrece a cada generación la posibilidad de descubrir la verdad última sobre la propia vida y sobre el fin de la historia. Este deber jamás es fácil: implica a toda la comunidad cristiana y motiva a cada generación de educadores cristianos a garantizar que el poder de la verdad de Dios impregne todas las dimensiones de las instituciones a las que sirven. (Benedicto XVI, 2008a)

En este sentido, el educador cristiano debe proponer con respeto exquisito a la posición de cada uno y desde la caridad que, cuando es auténtica, nunca es estrategia ni ideología. (Benedicto XVI, 2005: n. 31)

Hay razones de fondo que hacen posible una comunidad universitaria así. La primera es que el cristiano comparte las mismas preguntas que el no creyente y, a su vez, este último —aunque no crea en Dios o en Cristo— siempre cree en «algo» que da razón de su existencia. La segunda es que creer en Cristo y la misión que nos convoca no es algo que se crea de una vez para siempre: el misterio *semper maius* no se agota jamás, la búsqueda no termina nunca. Además, en tercer lugar, el Evangelio no excluye a nadie, aunque los cristianos algunas veces no lo hayamos entendido. Por otra parte, compartir convicciones con respeto y honestidad intelectual hace madurar la propia búsqueda o las propias convicciones, y caminar con la misma pasión educativa hace de la comunidad universitaria una comunidad realmente viva y formativa. Por último, una comunidad así es posible porque, si se trata de buscar la verdad y el amor, en cuestiones de amor no hay increyentes.

Todo lo anterior está bien expresado por un cristiano «buscador»:

Quien esto lea, allí donde comparte conmigo la certeza, avance conmigo; allí donde comparte la duda, busque conmigo; allí donde reconoce su error, venga a mi campo; y donde reconoce el mío, llámeme a la verdad. Así caminaremos juntos por el camino de la caridad hacia Aquel de quien se dice: Buscad siempre su rostro (Sal 104, 4). (San Agustín, De Trinitate: I, 3, 5)

Una actitud evangelizadora así requiere una constante doble atención:

- ✓ por una parte, cuando se hable explícitamente de la fe o la moral de la Iglesia, hágase para que quienes lo aceptan crezcan en la convicción y en el amor, salgan de lo rutinario y no vivan el misterio de Cristo como algo aprendido de una vez para siempre. Esto puede conseguirse mostrando cómo siempre Él conecta con los anhelos más hondos del corazón humano y cómo y por qué la fe es siempre un encuentro con Él.

✓ por otra, cuando no haya un anuncio explícito, téngase siempre presente esa honda sed de sentido que habita en el corazón humano, eso que nos hace buscadores, personas en construcción. Hágase siempre como quien sabe estar en un «atrio de gentiles», en el aula y en toda actividad universitaria.

¿Hasta dónde llegar en el anuncio explícito o implícito? ¿Cómo plantear los temas desde esa doble atención? La distinción no es fácil de establecer ni es necesario que se haga de modo neto. Lo importante es aprender el arte de mantener esa doble atención que sepa hablar al *homo quaerens* que todos somos. Búsqese el ya clásico «nuevo ardor, nuevos métodos y nuevas expresiones» de la nueva evangelización que habla por igual al creyente, al que ya no escucha y al no creyente.

CONCLUSIÓN

Al principio de este documento, decíamos que su objetivo era ofrecer una reflexión sobre nuestra idea de universidad y concretar el itinerario institucional y formativo que se deriva de este ideal.

Para ello, en la primera parte, propusimos que el «algo más» de la universidad se descubre mirando a la historia. De ella aprendemos que la naturaleza *original* de la universidad consiste en crear e irradiar saber para el bien de la humanidad, convencida de que aportar sentido al mundo de los hombres es una tarea siempre urgente.

En la segunda parte, explicamos que el camino específico que debe recorrer hoy una universidad que quiera responder a su misión pasa por ejercer una crítica del estrechamiento de horizontes de la moderna razón científica. Una crítica constructiva que reconozca las aportaciones y la necesidad de este tipo de racionalidad y que, al mismo tiempo, denuncie su insuficiencia para responder a las cuestiones de sentido que más nos importan.

Por último, en la tercera parte, detallamos la intuición metodológica para trasladar esa idea de universidad al resto de actividades universitarias, que pasa por despejar prejuicios, ideas hechas y respuestas estándar, recuperar al ser humano buscador y proponer todo a todos.

El recorrido es largo y, posiblemente, requerirá el trabajo de varias generaciones. No obstante, entusiasmados por el sentido y la grandeza del quehacer universitario, no podemos más que proponerlo como un ideal constructor de verdadera humanidad. Por eso, a modo de conclusión, querríamos cerrar con un párrafo que traduce al momento presente nuestro *Vince in bono malum* que es la invitación que resume nuestro ideal universitario:

Lo que más necesitamos en este momento de la historia son hombres que, a través de una fe iluminada y vivida, hagan que Dios sea creíble en este mundo. El testimonio negativo de cristianos que hablaban de Dios y vivían contra Él, ha oscurecido la imagen de Dios y ha abierto la puerta a la incredulidad. Necesitamos hombres que tengan la mirada fija en Dios, aprendiendo ahí la verdadera humanidad.

Necesitamos hombres cuyo intelecto sea iluminado por la luz de Dios y a quienes Dios abra el corazón, de manera que su intelecto pueda hablar al intelecto de los demás y su corazón pueda abrir el corazón de los demás.

Solo a través de hombres que hayan sido tocados por Dios, Dios puede volver entre los hombres. Necesitamos hombres como Benito de Nursia, quien, en un tiempo de disipación y decadencia, penetró en la soledad más profunda logrando, después de todas las purificaciones que tuvo que sufrir, alzarse hasta la luz, regresar y fundar Montecasino, la ciudad sobre el monte que, con tantas ruinas, reunió las fuerzas de las que se formó un mundo nuevo. (Ratzinger, 2005)

REFERENCIAS

BENEDICTO XVI

- (2011): Encuentro con los jóvenes profesores universitarios en la Basílica de San Lorenzo de El Escorial, 19 de agosto.
- (2009): Encíclica "Caritas in Veritate".
- (2008a): Discurso en la Catholic University of America, Washington, 17 de abril.
- (2008b): Discurso preparado para el encuentro con la Universidad de Roma "La Sapienza", 17 de enero.
- (2007): Discurso a los participantes en el Encuentro de Profesores Universitarios, 23 de junio.
- (2006a): Discurso a los participantes en la IV Asamblea Eclesial Nacional Italiana, en Verona, 19 de octubre.
- (2006b): Discurso en la Universidad de Ratisbona, 12 de septiembre.
- (2006c): Discurso a la Asamblea Eclesial de la diócesis de Roma, 5 de junio.
- (2006d): Homilía en Munich, 10 de septiembre.
- (2005): Encíclica "Deus Caritas Est".

JUAN PABLO II

- (1998): Encíclica "Fides et Ratio".
- (1990): Constitución Apostólica sobre las Universidades «Ex Corde Ecclesiae», Roma, 15 de agosto.

ORTEGA Y GASSET, José

- (1982 [1939]): "Meditación de la técnica y otros ensayos sobre ciencia y filosofía", Alianza, Madrid.

PÉREZ-DÍAZ, Víctor

- (2010): Universidad, ciudadanos y nómadas, Nobel, Oviedo.

RATZINGER, Joseph

- (2005): "Europa en la crisis de las culturas", Conferencia, Subiaco, 1 de abril.
- (1991): "Cooperadores de la verdad", Rialp, Madrid.

ufv.es

+34 91 324 80 64

@ufvmadrid

Ctra. Pozuelo - Majadahonda. Km. 1,800
28223 Pozuelo de Alarcón (Madrid)